

# Noel Luna

## *De noche*

comienzan las palabras  
del otro, que tal vez  
escuchas o recuerdas  
o lees o imaginas  
a caer de tu mano  
de modo tan seguro  
que cualquiera diría  
que son tuyas.  
Penetran lentamente  
en el silencio y abren  
con sus lenguas confusas  
el cauce del sonido  
del roce lento y firme  
que con cuidado ejerce  
la punta de la pluma  
en el papel.

## *Cómo recobrar...*

¿Cómo recobrar  
el ocre olor a tierra  
de tus piedras?  
¿Cómo suscitar  
tus pausas en el vértigo?  
¿Cómo perecer  
en ti otra vez  
para nacer al otro  
extremo de las sílabas revueltas?  
¿Cómo mutilar  
el hueco que dejaste  
y luego darlo al fuego?  
¿Cómo penetrar  
y darse a penetrar  
por las formas oscuras  
que tal vez no te pueblan?  
¿Cómo adivinar  
que has roto la espiral de despedidas

que en ti son más que tú?  
¿Cómo destejer  
y tejer en tu cuerpo  
las guerras incesantes que me habitan?  
¿Cómo hallar el hilo  
entre tantas paredes indistintas?  
¿Cómo comenzar  
y culminar en ti,  
en el declive exacto de tu espalda,  
en el azar seguro que formara  
el surco que incesante la rubrica?  
¿Cómo ahogarse en el vaso  
de tu desbordamiento?  
¿Cómo armar el piélagos  
de inacabadas islas  
en tu océano roto?  
¿Cómo conjurar  
las voces de tu voz  
para volver por siempre a disiparlas?  
¿Cómo apalabrar  
los nombres que hay en ti  
y lo que en ti persiste de innombrable?  
¿De qué modo agotar  
esta muerte sin fin  
esta muerte sin ti  
esta muerte sin ti  
esta muerte-sinfín?  
¿Cómo profanar  
la ubicuidad sagrada  
de tu ausencia?

---

## VI

Como hojas cayendo, como delgadas caricias en el aire, se oyen las palabras de la estirpe, valerosos guerreros de la noche. Como frágiles señas en la niebla se desatan las voces. El silencio las acoge sin preguntas, diatribas o violencias. Las hojas caen en elipses, hermosas, olvidadas de vértigo o dolor. Los cuerpos son preludio y coraza de sí mismos, enroscándose al aire, aferrándose a la suma

evanescente de un encuentro fugitivo. En la hora oscura, cuando el pez reposa sus aguas, la masa fría espera los calores del horno y el vino aguarda en los toneles, pequeños cuerpos labrados con paciencia deciden descender a la calma prometida hace siglos, al reposo figurado a fuerza de sudores y cansancios, y en el viaje recuerdan lo que es suyo, lo que les pertenece en la sucesión de memorias y olvidos. Una sola sílaba de arena basta a la sed, un solo pétalo de agua, un tibio estallido de jugos seminales en el vientre, un leve golpe de músicas. Una inmensa hoguera arde en la noche. En la pira arden los dedos. De ellos fluye tinta y sangre, mares incontenibles de sal. Los nervios, tensos cordeles del descenso, se estremecen con delirio, inclinados en un azogue inefable, y en un tiro de dados se desdican, sólo para restituirse después en las combinaciones arcanas de la prisa y el miedo. Cientos de velas arden y en los rincones se acumula la cera, evidencia de deseos indecibles. En el fuego insobornable se castigan una a una las soberbias incredulidades. La carne estalla en miles de pedazos que vuelven a juntarse de otro modo. Las cartas lacradas y selladas ceden a las manos que las buscan. Los signos se entrelazan y se pierden. Cada sentido es otro y otro y otro. Las firmas se confunden, las caricias son golpes hirientes, las palabras exactas se vuelven sombra de su sombra. Los cuerpos rendidos dicen plegarias al viento. Las aguas desbordadas persiguen cauces nuevos que siempre son los mismos. La tierra emprende erosiones al regreso, y cada corteza asentada por siglos sueña la belleza de su origen. La generosidad de las llamas entrega el silencio al silencio. Todo desata su oficio de guerra y de tiniebla, hasta que ya no queda un ápice del mundo, de esa vaga imagen que del mundo queda. Los guerreros se miran, llenos de pavor, preguntando a la ausencia por sus voces, por sus nobles sonidos encarnados, por sus hazañas valerosas y sus duras derrotas. Nadie responde. Sólo se oye el lento caer de las hojas en el alba. Sólo se siente el suave tacto del rocío, y en el fondo mismo del desastre la humedad se dispersa, hasta que ya no queda en el suelo ni un rastro de cenizas ni una piedra. Sólo luz callada.

*Noel Luna*